

MUSEOS BIZARROS

Las vitrinas del morbo, la ironía y el misterio

Fernando Jorge Soto Roland
Profesor en Historia por la Facultad de Humanidades
de la Universidad Nacional de Mar de la Plata (Argentina)

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?
Cuando la mentira es la verdad.

Letra de la canción *Qué Ves*, Grupo Divididos

Introducción

Desde hace algunos años he dedicado mi tiempo libre a recorrer algunas de las principales mecas del misterio de Argentina, guiado por el ambicioso (tal vez demasiado) objetivo de comprender las causas, métodos y consecuencias de la difusión del irracionalismo, así como su venta, forma de propagación y protagonistas que intervienen en el proceso. Ha sido esta una tarea por demás interesante y entretenida, en especial para un «creyente arrepentido» como yo. Volver a los temas de mi adolescencia después de tanto tiempo, con más de dos décadas de *historia de las mentalidades* sobre las espaldas, resultó por demás edificante, ya que me permitió releer viejos problemas con nuevos ojos y reencontrar al joven que alguna vez fui en las opiniones crédulas de muchas personas con las que trabé relación. Por otro lado, recorrer el mundo de la ufología, tan repleto de extra e intraterrestres, así como el controversial universo de los monstruos y la criptozoología, me permitieron encontrar cambios y continuidades a lo largo del tiempo, lo que me ha llevado, en más de una oportunidad, a decir que estamos insertos en una renovada y romántica *Edad Media Contemporánea* en la que, para muchos, muchísimos, los límites entre lo real y lo ficticio se borran volviéndose poco claros y controvertidos. La incertidumbre ha resucitado antiguos fantasmas que, en realidad, nunca se habían ido; seguían entre nosotros solapados bajo el manto de un racionalismo que terminó siendo

mucho más delgado de lo que suponíamos. Del mismo modo que la Iglesia Católica del siglo XVII tuvo que reconocer que el proceso de evangelización no había resultado tan efectivo como hubieran deseado sus líderes (sobreviviendo prácticas y creencias paganas, especialmente en las zonas rurales), hoy la alicaída Modernidad debe reconocer que su pretendida tarea pedagógica y enciclopedista no resultó tampoco lo bastante fuerte como para erradicar el pensamiento mágico, instalado en todos los estratos de la sociedad, aunque acomodado a los tiempos que corren, tanto en lenguaje como en temáticas.

En principio, parecería que vivimos en una encrucijada. En un cambio de paradigmas. Es lo que sostienen muchos de los *iluminados escuderos* de la *New Age*, argumentando que una época de «apertura mental», contraria y enemiga de la oscurantista «ciencia oficial», se está asomando entre los espíritus más preclaros. Y ahí los tenemos: legiones de cazadores de monstruos, fantasmas y alienígenas; ejércitos de buscadores de misteriosas «energías telúricas» y mensajes de otros mundos; seres elegidos para ser contactados por Hermanos Superiores del Cosmos. Y no podían faltar, junto a los sinceros creyentes, los hipócritas que solo pretenden lucrarse con la cándida credulidad y falta de información de colectivos inmensos, acostumbrados a formarse mirando solo *History Channel* o revistas que popularizan leyendas y mentiras como si estas fueran verdades irrefutables.

Quien decida pagar la entrada correspondiente debe estar, desde el principio, abierto al *mulderista* deseo de creer.



Big Foot Cryptozoology Museum, Portland (foto: www.flickr.com/photos/rain0975/19739375309/)

En este camino en pos de historias descabelladas, me topé con ciertos lugares que al principio obvié, pero que hoy en foco con especial interés. Me refiero a lo que desde ahora llamaremos *Museos Bizarros*¹.

¿Qué se exhibe en ellos? ¿Qué pretenden sus colecciones? ¿Quiénes las organizan y regentan? ¿Qué funciones cumplen en la sociedad actual? ¿Hasta qué punto deberían llamarse museos? ¿Qué opinan los especialistas al respecto? Estas y otras cuestiones son las que trataré de responder en este breve trabajo.

¿Nos vamos de museos?

Extravagantes muestrarios de la mitología contemporánea, los aquí llamados *museos bizarros* han germinado en distintas latitudes sin que las instituciones museológicas más prestigiosas, regentadas por curadores profesionales, les reconozcan el estatus de seriedad que reclaman. Y no es esta una postura injustificada o caprichosa, que parta de una actitud elitista y discriminadora. Por el contrario, creemos ver en ella cierta postura reivindicativa frente al embate de un exhibicionismo irracional y obtuso, apoyado en la supuesta existencia de extraterrestres que visitan nuestro planeta o monstruos salidos de los exóticos catálogos de la criptozoología.

Es que solo basta con recorrer brevemente esos autodenominados *museos* para advertir que estamos en presencia de meros *gabinetes de curiosidades*, desordenados y heterogéneos. Depósitos privados de *souvenirs kitsch* que, en un pretendido intento por volver concreto lo evanescente, convocan a creyentes y escépticos en igual medida, caratulando supersticiones, errores y mentiras, dentro de proliferas vitrinas.

¿Qué identidad, qué conquistas son las se pretenden exhibir? ¿Qué rol social cumplen las colecciones de muñecos que representan estereotipados alienígenas y crípticos, como Pie Grande o el Hombre Polilla (*Mothman*)? ¿A qué se debe la convocatoria y asistencia del gran público a estos espacios? ¿Qué buscan en ellos? ¿Solo entretenimiento?

Como señalan los especialistas, la conducta de la gente

dentro de los museos ha cambiado.² Según parece, cada vez pasamos más tiempo en ellos. El atractivo turístico (que los museos aún más renombrados siempre tuvieron, incluso durante el *Grand Tour* del siglo XVIII) cobró fuerza inusitada en los últimos años y, si a ello le agregamos lugares de esparcimiento, tales como bares y restaurantes dentro de las instalaciones, tenemos los componentes necesarios para explicar el cambio de conducta aludido. El museo entretiene, divierte y educa dentro una temática determinada. Esos son sus legítimos objetivos; pero en el caso de los *museos bizarros* existe, además, la pretensión de materializar seres y situaciones imaginarias, en un claro intento por lograr una *aproximación positiva* (concreta) a las fantasías.

Los *museos* de criptozoología y ovnis, dirigidos por curadores amateurs, en su mayoría militantes de creencias populares y supersticiones solo apoyadas en carátulas bien escritas, terminan convirtiéndose en verdaderos espacios de resistencia al escepticismo, muros de contención al avance del pensamiento crítico y refugio de excentricidades. Tal vez por eso sean las sonrisas cargadas de ironía las únicas armas que el *impío* puede desplegar dentro de sus instalaciones. A no ser, claro, que se sea un ferviente creyente. En ese caso, sustentando las herramientas de una etnología fantástica y mucha imaginación, las *bizarrias* expuestas se transforman en los cañones con los que se pretende defender esos exagerados bastiones del pensamiento mágico.

Un somero recorrido al inventario de objetos que acumulan estos museos tan sui generis permitirá poner en duda el título que se arrojan; a menos que por *museo* entendamos el desordenado almacenamiento y exhibición de nimiedades como las que consignamos a continuación.

Empezamos la visita.

Por ejemplo, en el Museo de Point Pleasant (Virginia Occidental, EE.UU.) dedicado al Hombre Polilla, un simple conjunto de mesas cubiertas con manteles negros, cartelería y vitrinas, se limitan a presentar dibujos y cartulinas muy efectistas con el monstruo en cuestión, muñecos de peluche,

figuras plásticas del *Mothman*, recortes de diarios en los que se hacen públicas las denuncias de los supuestos testigos, *collages* de imágenes uniendo sucesos que nunca estuvieron unidos, pins con el logo del lugar, calcomanías, alguna que otra piedra «extraña» en frascos de vidrio y, para sorpresa de todos, uniformes de los Hombres de Negro, dedicados, según la leyenda, a amedrentar a los testigos de avistamientos de ovnis.

Por su parte, el Museo Internacional de Criptozoología de Portland (Maine, EE.UU.), dirigido por el conocido cazador de monstruos Loren Coleman, tampoco se queda atrás a la hora de mezclar la Biblia con el calefón. Observando sus salas de exhibición detectamos (¡en un museo que se supone dedicado a monstruos!) toda una colección de animales reales embalsamados, que van desde mapaches, lobos y zorros hasta castores, ciervos y aves domésticas. Solo una enorme estatua (tamaño «natural») de *Pie Grande* sobresale en la sala principal, convocando a todos los curiosos a sacarse las consabidas fotografías de rigor. Asimismo, la escultura plástica de un celacanto colgada sobre una pared, repite (sin palabras) el mismo argumento con que los libros de criptozoología inician sus fantásticas exposiciones. Claro que, como el pez prehistórico no basta y no hay demasiados bichos de los que agarrarse, Coleman no dudó en acudir a Hollywood, exhibiendo máscaras y figuras de yeso del Monstruo de la Laguna Negra, King Kong, los gremlins y dinosaurios propios de la película *Parque Jurásico*.

Todo es un cambalache de dibujos vistosos, peluches (es extraordinario un enorme Kraken de gomaespuma color rojo), un pequeño zoológico de juguete compuesto por animalitos supuestamente misteriosos y a la venta (osos panda, leopardos, gorilas y okapis), discos compactos, libros, remeras y hasta réplicas plásticas de las famosas huellas plantares de *Pie Grande*.

Más que un museo, lo que Coleman organizó es una tienda de *souvenirs*. Una exhibición desvergonzada de *bizarrias*. Y lo mismo ocurre en el Museo Ovni de Roswell en Nuevo México, cuna emblemática de la mitología ovni.

Pero América del Sur no se queda atrás. También nosotros tenemos nuestras guaridas de extraterrestres en exposición.

Tres son los más conocidos. El decano de todos ellos es el que se levanta a la vera de la ruta que comunica la ciudad de Santa Rosa de Calamuchita con Villa General Belgrano, provincia de Córdoba (Argentina). Se mantiene en pie desde 1973 y su curadora, una alemana entrada en años, es la que hace de guía, conferencista, experta y divulgadora de la presencia alienígena en la Tierra desde tiempos prehistóricos. Tal vez la mezcla de artefactos arqueológicos con fotos y dibujos estilo *New Age* de aparentes naves de otros planetas pretenda conectar el pasado humano con los hermanos cósmicos venidos de las estrellas, que han bajado para enseñarnos el poder los diferentes *chakras* que tiene el cuerpo humano.

Pero si de museos ovni hablamos, el de la ciudad de Victoria (Entre Ríos, Argentina) se lleva todos los premios. Allí, en un predio amplio, que ha recibido sorprendentemente el apoyo institucional del senado de la provincia, la propietaria y guía del lugar no escatimó esfuerzos al mixturar figuras del maestro Yoda con el *ET* de Steven Spielberg o soldados imperiales de *Star Wars* con duendes, y ofrecer gorras, remeras y llaveros con el logo estampado de la institución y una representación a escala humana de la autopsia supuestamente realizada a un extraterrestre en Roswell, en 1947. Pero si todo eso fuera poco, el museo tiene el privilegio de contar entre su colección el único resto capturado de un ovni: un pedazo de chapa que, según dicen, es traslúcida y extremadamente resistente a la presión.³

Finalmente, para no aburrir con repeticiones, habría que considerar aquellos *museos* que, sin exponer objetos tan rimbombantes, se constituyen en repositorios de artículos periodísticos y fotos en más del 90% borrosas y susceptibles de diversas interrelaciones, cuando no lisos y llanos fraudes. Sitios atiborrados de recortes de diarios, fotocopias de libros relacionados con la temática y dudosos *informes oficiales*, a través de los cuales se pretende demostrar la existencia objetiva de los fenómenos aludidos. El poder de la palabra escrita y el hipnótico efecto de las letras de molde en recortes antiguos se apoyan y complementan mutuamente, reeditando así la acrítica y vieja afirmación de que «todo lo que sale en los diarios es cierto». Este culto a las noticias dudosas (o

Roswell Museum (foto: www.flickr.com/photos/timmenzies/2721346672/)



Mothman Museum (foto: www.flickr.com/photos/puroticorico/5070039880/)





Museo Ovni, Entre Ríos (foto: Círculo Escéptico Argentino www.flickr.com/photos/circuloescepticoarg/6725947441/)



Bigfoot Discovery Museum, California (foto: <https://www.flickr.com/photos/pleia2/27292772073/>)

falsas) se inscribe dentro de una corriente sensacionalista, a la que todos los propietarios de *museos bizarros* se adhieren. El *CIO* (Centro de Investigación Ovni) de Capilla del Monte (Córdoba, Argentina) y el *Bigfoot Discovery Museum* (Felton, California)⁴ serían dos buenos ejemplos de lo que hablamos.⁵

Por todo lo reseñado, es imposible no acercarse a estos lugares sin desplegar argumentos críticos; y es lo que efectivamente ocurre tanto con escépticos como con creyentes. Los primeros, indignándose por la exhibición y culto a lo que consideran falsedades. Los segundos, por considerar que las colecciones bizarras de muñequitos y figuras que adornan los *museos* no hacen otra cosa que tomar en broma lo que suponen cierto y serio. Son estos voluntariosos creyentes los que han difundido una interpretación por demás conspirativa: los museos son financiados secretamente por los gobiernos y milicias más poderosas del mundo a fin de desacreditar, a través del ridículo, «el mayor secreto de la historia humana».⁶

Pero detrás de cada uno de estos museos existe una intención no dicha en voz alta. Un propósito narcisista que convierte a su propietario/curador en la estrella principal de la exhibición. Al ser privados (creo que ningún Estado podría justificar ante sus contribuyentes gastos en instituciones de este tipo), el fundador se arroga el rol de *pionero incomprendido*. Una especie de Quijote que, en solitario, combate a las olas escépticas que lo acosan, sin importarle caer en el descrédito y aspirando a ser recordado en el futuro por sus excéntricas colecciones y teorías.

Fin del recorrido

Cual pretenciosos altares al misterio, los *museos bizarros* nombrados enarbolan los mitos contemporáneos de ovnis y monstruos en el alto mástil del espectáculo y el entretenimiento, guiando a los visitantes por el sendero que lleva al sagrado espacio de los prejuicios. Una vez allí, el curioso es expuesto a aseveraciones improbadas en las que las preguntas incisivas son cortadas de raíz y la duda se transforma en la peor de las herejías.

Quien decida pagar la entrada correspondiente debe es-

tar, desde el principio, abierto al *mulderista* deseo de creer; aceptando, como si de un catecismo se tratara, el barroco mensaje visual etiquetado al pie de cada objeto exhibido. Un vía crucis de figuras e historias exóticas en el que no hay espacio para la reflexión, a menos que uno quiera pasar por un aguafiestas ignorante.

Más allá de cualquier denominación que quiera dárseles, estos museos no son más que un «tren fantasma» de leyendas instaladas en el que las *formas* se imponen sobre el *contenido*, forzadas por la imposición de un *horror vacui* alimentado de chucherías.

Claro que siempre está la posibilidad de salir, la de volver a la aburrida y desangelada realidad cotidiana. Solo recién afuera, la irónica sonrisa de la razón podrá explayarse sin condicionamientos ni la influencia cósmica de los marcianos y sus socios terrestres, desplegando libremente la honestidad intelectual que nace de las pruebas concretas.

Notas:

¹ Aunque en el español estándar, y en especial en España, *bizarro* significa únicamente 'valiente', aparece también desde hace más de medio siglo en diversos diccionarios, como americanismo, con el sentido de 'extravagante' (N. del E.).

² Véase: Pérez Bergliaffa, Mercedes, "¿En qué se han convertido los museos?". www.revistaenie.clarin.com/arte/convertido-museos_0_808119190.html

³ Véase: Agostinelli, Alejandro, "Cielo picado en Victoria" en *Invasores. Historias reales de extraterrestres en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pp. 299-322. Asimismo, léase en la página del CEA (Círculo escéptico Argentino) *Visita al Museo Ovni*. Disponible en Web: <http://circuloesceptico.com.ar/2012/01/museo-ovni-1>

⁴ Véase: *Bigfoot Discovery Project*. <http://bigfootdiscoveryproject.com/museum-archives/>

⁵ Una nota aparte se merece un museo francés dedicado a la Bestia de Gevaudan (*Musée de la Bête de Gevaudan*) fundado en 1999 en Saugues (Auvernia, Francia) y enfocado al estudio histórico de unos crímenes ocurridos en el siglo XVII y atribuidos a un hombre lobo. Véase: www.betedugevaudan.com/es/musee_fantastique_es.html

⁶ Véase: *Roswell Museo de Ovnis*. Disponible en Web: www.youtube.com/watch?v=P1Vhb2clOBw